

HISTORIA DE YUCATAN

DURANTE LA
DOMINACION ESPAÑOLA.

CAPITULO I.

SUMARIO.

Gobierno del Visitador Don Diego de Santillán.—Sublevación de los negros.—Misiones del Padre Landa.—Reducción de los indios del Sur.—Don Diego de Santillán parte para México y deja el gobierno en los alcaldes ordinarios de la ciudad y de las villas.—Gaspar Suárez de Avila nombrado Alcalde Mayor por la Audiencia de México.—Arancel de tributos.—Tasa de comestibles.—Motín de desertores en Campeche.—Vuelve Yucatán á la jurisdicción de la Audiencia de los Confines.—Disidencias entre los encomenderos y los franciscanos.—El Visitador Tomás López.—Sus ordenanzas.—Fundación de Izamal.—Fundación del Hospital de Mérida por Gaspar Suárez de Avila y su esposa Da. Isabel Cervantes. (1)

ESPUES de la gran conmoción que sufrió el país con la destitución del Adelantado Montejo y su partida á España, el visitador Don Diego de Santillán continuó gobernando con bastante

(1) Descendiente del Comendador Cervantes de quien hace mención Antonio de Herrera, y que pasó á México con siete hijas. "Una conocimos en esta ciudad de Mérida, mujer de Gaspar Juárez, conquistador." Aguilar, *Informe contra idólatras*. Anales del museo Nacional, tomo VI, pag. 97.

rectitud. Se ocupó desde luego en examinar la condición en que estaban los indios, la manera con que eran tratados por caciques, encomenderos y frailes, si su cristianización progresaba, si habían abandonado las prácticas idolátricas, y si ya estaban arraigadas entre ellos las costumbres de buena policía y civilización cuya introducción tanto recomendaban los reyes españoles.

Penetrado de las ideas benéficas de protección á la raza india que dominaban en el monarca español entonces reinante, dictó las primeras ordenanzas que se expidieron en Yucatán en favor de los indios, en las cuales prohibía causarles toda vejación y mal trato, y establecía medidas con el fin de darles bienestar material y fomentar su conversión sincera al cristianismo.

Con la prohibición de convertir á los mayas en esclavos, prohibición que se mantuvo firmemente por la autoridad de la colonia, varios conquistadores trajeron esclavos africanos de que se servían no solamente en trabajos domésticos, sino también en trabajos agrícolas y granjerías que no tardaron en crearse en diversos puntos del territorio. Algunos de estos esclavos, no conformes con su condición, y ansiosos de librarse de ella, se habían escapado y andaban ocultándose en los bosques. Ya se había fugado uno, ya otro, y así sucesivamente otros más, hasta que llegaron á formar un nucleo como de veinte.

Reuniéronse y se coligaron para protegerse mutuamente y ayudarse en su propósito de evadirse de la servidumbre. Así vagaban unidos y sin armas por los yermos, aunque la necesidad de proporcionarse la alimentación diaria les hacía caer de improviso sobre las indefensas poblaciones de indios, donde robaban cuanto habían á la mano, y juntamente con el robo, en la ocasión, cometían otros delitos. Su tendencia era buscar la costa ó los desiertos del sur; pero no se lo permitió la diligente actividad del Visitador, á cuyos oídos llegaron las quejas de las víctimas, á la par que las preocupaciones de los encomenderos y pobladores españoles que veían un peligro inminente en la impunidad de los rebeldes y alzados. En el estado de inquietud que aun conservaban los indios era muy posible que muchos de ellos quisiesen hacer causa común con los esclavos fugitivos y se encendiese de nuevo la rebelión apenas extinguida: aun se dijo entonces que los indios conspiraban para levantarse. Es probable que la pretendida conspiración de los indios fuese un temor vano, un sueño vago y fatídico que azoraba á los españoles; pero creyendo ó no en ella, el Lic. Santillán se apresuró á sofocar en germen aquella semilla de perturbación. Ordenó al capitán Alonso Rosado que sin demora saliese de Mérida á la cabeza de una compañía de los más esforzados conquistadores, y fuese en persecución de los fugitivos, con la consigna de prenderlos ó desbaratarlos. Empezó Rosado su ex-

ploración por los bosques yendo de un lugar á otro, según las noticias que recibía de los habitantes de los pueblos que habían sido víctimas de las depredaciones de los rebeldes. Estos, inermes y temerosos, no hacían sino escabullirse de la persecución andando á salto de mata como fieras acosadas por los cazadores. Ya no se acercaban á poblado; se escondían en el riñón de la selva, donde pasaban el rigor del sol; se sustentaban con raíces y frutas silvestres; esperaban la caída de la noche, y aguijados por el miedo del castigo, no perdonaban esfuerzo alguno que hiciese perder la pista á sus perseguidores. Estos, sin embargo, eran incansables, y la agilidad de los fugitivos redoblaba su aliento y renovaba su vigor. El capitán Rosado, siempre activo, usaba de todos los ardidés á fin de darles alcance, hasta que lo consiguió; pues un día, cuando estaban escondidos en el lugar más secreto de un bosque frondoso y retirado, cayó de improviso sobre ellos, los sitió y les intimó rendición. Ninguna resistencia pudieron oponer los desgraciados, que se entregaron todos á discreción al capitán Rosado, quien los llevó presos y bien asegurados á Mérida, con el alma entre los dientes, pues se imaginaban que serían ahorcados tan pronto como llegasen á la capital. El Lic. Santillán no justificó con su procedimiento los temores de los presos, pues se limitó á iniciarles proceso por los delitos que habían cometido durante sus correrías, sin imputarles á crimen la fuga del poder de sus amos. A cada

uno de ellos se le impuso la pena que correspondió al delito de que salió convicto. (1)

Mientras el poder civil cuidaba de afianzar el orden público con la prisión de los esclavos fugitivos convertidos en malhechores, los franciscanos, aunque pocos, continuaban su obra de evangelización de los indios. Fray Diego de Landa, llegado de España en Agosto de 1549, había aprendido y dominado en poco tiempo la lengua maya y se encontraba en aptitud de predicar y explicar la doctrina cristiana á los indígenas. La obediencia á sus superiores le había colocado en las chozas del convento de Izamal; pero, joven y vigoroso, la actividad le ahogaba entre los muros de su celda, no considerando campo suficiente á su ardor, el pueblo de su morada con las poblaciones circunvecinas. Ansiaba una labor más ardua, un sacrificio más intenso, un pávulo más copioso á su caliente celo, y pidió y obtuvo que le permitiesen hacer una misión saliendo á predicar de pueblo en pueblo el evangelio. Entonces no había á la mano carruajes ni caballos, y los religiosos, enemigos de hacer cargar á los indios, emprendían estas jornadas á pié, y descalzos como los más infelices jornaleros. Era admirable cómo en esta forma andaban larguísimas distancias, cruzaban la península, y se trasladaban de Campeche á Valladolid y de Mérida á Bacalar con la misma facilidad conque ahora hacemos largos viajes por

(1) Cogolludo, *Historia de Yucatán*, tomo I, pág. 440.

vapores y ferrocarriles. Ordinariamente emprendían estos viajes los misioneros en ayunas, y en las horas inmediatamente anteriores al alba, á fin de librarse de los rigores del sol, de las inclemencias de la lluvia, y de llegar en tiempo oportuno á decir la misa en la mañana á los pueblos que visitaban: si no había temor de lluvia, salían por la tarde y llegaban á pernoctar á las poblaciones de su destino.

En esta forma hizo el padre Landa su misión predicando, catequizando y bautizando multitud de gentes, é informándolas en los hábitos de una buena policía civil. Encontró á muchos indios esparcidos por los bosques, viviendo aislados y enamorados de la soledad, rústicos y á veces huraños y aun fieros. Supo insinuarse en ellos, seducirlos con el encanto de su lenguaje bien hablado, atraerlos y convertirlos en espíritus dóciles y flexibles. Persuadióles á abandonar los riscos y montes y á congregarse en pueblos ordenados sujetos á la autoridad civil.

En sus correrías, llegó hasta el convento de Maní, punto cercano á la sierra de los Uitzes, y supo allí que un gran número de indios, traspasando la sierra, se había diseminado por las laderas que confinan con los desiertos del Sur. Abrazóse en ansias de ir á visitarlos, hablarlos y persuadirles cuánto les interesaba dejar su agreste vida y venir á gozar de los beneficios de la sociedad civilizada. Discurría acerca de los medios más prudentes de poner en ejecución su intento, cuando tuvo noticia fidedigna de que en

las cumbres de la serranía, y en un punto denominado Yok Uitz, debía celebrarse una gran fiesta idolátrica con gran asistencia de gente. Parecióle ésta, ocasión propicia de hablarles, y decidió esperar el día marcado, y presentarse repentinamente entre ellos en medio de la solemnidad. Tomada su resolución, nada pudo apartarle de ella; ni el temor de la misma muerte que le dijeron le esperaba segura, pues los indios perturbados en su fiesta idolátrica, no dejarían de encenderse en furor á su vista, y aún sacrificarle y comerle en holocausto á sus ídolos. En el día designado fué al lugar él sólo, y sin más arma que una cruz de madera que al llegar enarboló á vista de todos exclamando: "*Ecce crucem Domini; fugite partes adversae.*" Estaban allí los indios reunidos en gran número, con arcos y flechas en las manos, con los rostros pintados de rojo y azul, y entregados por completo á sus vanas supersticiones. Cualquiera comprenderá qué contrariedad habrá sido para ellos la repentina aparición del fraile francisco en aquellos momentos de idolátrica ebriedad: la fiereza de sus miradas, su continente severo y reservado, bien hicieron comprender al padre Landa cuánta repugnancia sentían hacia él; pero alentado por la fuerza íntima que se sobreponía á todo temor, tomó la palabra en lengua maya, y con vehemente entonación y sencillez de estilo, les representó la vaciedad de aquellos ritos, lo insustancial de aquellas ceremonias poco conformes con la dignidad humana, enseñándoles que la fe sólo debía

tenerse á la palabra de Dios, y que á éste sólo era debido aquel ferviente amor no compatible con los inmundos y crueles actos que los sacerdotes idólatras les prescribían. Fué tanto el efecto de aquella encendida palabra, que los indios le escucharon al principio con prevención, luego con curiosidad, en seguida con simpatía, y acabaron por confundirse en un mismo sentimiento con el predicador. Al concluir su discurso, le rodearon solícitos, deshaciéndose en excusas por cualquier mal miramiento que con él hubiesen tenido, y prometiéndole ser fieles á sus consejos. Le suplicaron que se quedase con ellos algunos días, y aunque las circunstancias del lugar no brindaban comodidad alguna, el padre Landa convino en permanecer en su compañía, albergándose en sus miserables chozas, y comiendo de sus mal preparados alimentos. Esta conducta conquistó sus corazones, y aprovechando tan favorable coyuntura, el padre Landa los persuadió á que, en vez de habitar por aquellos riscos desolados, bajasen al llano y se congregasen en el pueblo de Oxkutzcab, que ganó con eso un aumento extraordinario de población.

Había otros indios esparcidos por los bosques que se extienden más allá de la sierra hasta la frontera de Peten Itzá; pero el padre Landa no creyó prudente internarse entre ellos. Encargóse Don Diego de Santillán de reducirlos á vivir en poblado, y para ello encargó de la empresa al capitán Francisco de Montejo, el sobrino, quien con un piquete de soldados partió de

Mérida á Tekax, traspuso la sierra, y volvió á bajar, visitando y escudriñando montes, pueblos y rancherías, hasta la distancia de setenta leguas de Mérida. Con los indios que encontró, ensayó los medios de la suavidad y de la persuasión, y en todo alcanzó el más completo éxito, sin haber tenido que usar de la violencia para regresar á los indios á sus antiguas moradas. Se le informó que en una de las rancherías más distantes había cierto número de indios mayas resueltos á no dejarse convencer, antes bien decididos hasta á pelear tenazmente con tal de no volver á su residencia anterior, y, no pudiendo ir á este lugar personalmente, envió allí á Alonso Rosado, quien se manejó con tal discreción que, deponiendo los indios sus rencores, se avinieron pacíficamente á volverse en su compañía. Con esto, la mayor parte de los indios que de los antiguos pueblos se habían salido y diseminado por los bosques del Sur volvió á reconocer sus antiguas moradas.

Mientras esto pasaba, Fray Diego de Landa había llegado al pueblo de Gitás del cacicazgo de los Cupules, en momentos en que se trataba de consumir un sacrificio humano con todas sus horrendas circunstancias. Al entrar á la plaza del pueblo, encontrála toda en circuito adornada de arcos de verdura y odoríferas flores, y, en el centro, preparada la piedra del sacrificio, con vasijas de barro llenas de pitarrilla tanto para los asistentes como para embriagar á la víctima que estaba allí lista á que le abriesen el pecho, y le arrancasen el corazón para rociar con su san-